



LAS LECCIONES DEL DESASTRE DE CUBA

Coronel (r) JULIO CERVANTES

Traducción del artículo de Stewart Alsop, publicado en *The Saturday Evening Post*, junio 24, 1961.

En la mañana del 20 de abril, en la región de la Bahía de los Cochinos, el Ejército de Fidel Castro estaba atareado en matar o capturar los patéticos remanentes de las fuerzas cubanas de invasión apoyadas por los Estados Unidos. Esa misma mañana, cuando el Presidente Kennedy se puso en pie para dirigirse a un grupo de editores de periódicos reunidos en Washington, estaba serio, lúgubre.

“De este episodio desilusionador —dijo— se desprenden lecciones útiles para todos nosotros. Algunas pueden estar todavía oscuras, y exigirán más información. Otras ya están claras”.

¿Qué lecciones son esas? Y, ¿las hemos aprendido?

Estas preguntas exigen respuesta, porque en todo el desastre cubano hay algo francamente misterioso. El misterio es este: el Presidente y todos sus principales consejeros, sin ninguna excepción, son hombres inteligentes; sin embargo, se convencieron a sí mismos, casi unánimemente, como lo veremos de que unos pocos centenares de hombres podrán derribar a un régimen comunista firmemente implantado. Y porque así lo creyeron, permitieron que el prestigio de la nueva administración y el de los mismos Estados Unidos descansaran sobre los hombros de esos

pocos centenares de hombres. Esto, ciertamente, es misterioso.

La explicación del misterio es una compleja pero fascinante historia de relaciones humanas entre el nuevo Presidente y los hombres nuevos que llevó al Gobierno, y los funcionarios profesionales permanentes, militares y civiles. El objeto de este informe no es la reconstrucción de la historia completa del desastre de Cuba, aunque aquí se relatarán algunas partes esenciales de ella que no se han contado antes; su finalidad es más bien la de tratar de entender por qué se cometieron algunos sorprendentes errores de criterio y por qué se han producido algunas graves deficiencias en el sistema de tomar decisiones de nuestro gobierno y la de seguir posibles maneras de corregir esas deficiencias y evitar que tales errores se repitan en el futuro.

Con este objeto, el autor ha hablado más o menos detenidamente con la mayoría de quienes, desde Washington, intervinieron en la operación cubana, así como con algunas personas sabias y precavidas que no estuvieron implicadas en ella. Esas conversaciones sugieren que se pueden deducir, “a posteriori”, cuatro “lecciones útiles” principales del desastre cubano.

La primera es ésta: **Los responsa-**

bles del montaje de una gran operación secreta, como los desembarcos en Cuba, no deben ser los mismos responsables de apreciar las probabilidades de éxito o de fracaso de la operación. Tales probabilidades deben ser estimadas, por el contrario, por expertos de ojos fríos y calculadores que no tengan conexión con la operación y que dispongan de sus medios de información propios e independientes.

Para comprender el por qué de esto hay que entender bien un hecho sencillo: los hombres encargados del ramo de operaciones especiales de la Oficina Central de Inteligencia (CIA), o Departamento de "juego sucio" del Gobierno de los Estados Unidos, son criaturas de carne y hueso, como usted y como yo, siendo seres humanos, pueden ser afectados emocionalmente por lo que están haciendo y este efecto emocional, a su vez, puede oscurecer su buen juicio.

La operación de Cuba, fue desde luego, una operación muy grande, la más grande, con mucho que haya intentado nunca la CIA, por consiguiente muchos de sus agentes tuvieron que intervenir en ella. Sin embargo, aquí solo es necesario mencionar dos nom-

bres, que ya han aparecido en tipo de imprenta: los de Allen Dulles, Director de la CIA, y de Richard M. Bissell, Subdirector de planes y operaciones. Dulles tenía la dirección general de la operación cubana, mientras que Bissell, la manejaba en detalle.

Antes de seguir adelante, tal vez sea bueno poner algunas cartas sobre la mesa. Desde hace muchos años he conocido y admirado a Allen Dulles, y Richard Bissell es mi viejo amigo personal, de modo que quizá soy algo parcial, pero se que no soy el único que cree que tanto Dulles como Bissell son extraordinariamente capaces, muy inteligentes, y profundamente consagrados a los intereses nacionales. Entonces cómo es posible que ellos —y todos los demás miembros de la CIA que intervinieron en la operación, muchos de los cuales son igualmente capaces, inteligentes y consagrados— ¿se equivocaran tanto?

Porque no hay duda de que se equivocaron. Se ha dicho que la CIA creyó, estúpidamente, que el régimen de Castro se desintegraría sin más ni más, como las murallas de Jericó, al primer desembarco de tropas anticastristas. Eso no es verdad. Pero sí es cierto que creían firmemente —y así se lo aseguraron al Presidente Kennedy— que habría suficientes levantamientos y defecciones para que se pudiera establecer y ampliar una cabeza de playa, y para que fuera posible instalar en suelo cubano un Gobierno anticasquista que más tarde podría ser reconocido y apoyado por el de los Estados Unidos. ¿Por qué estaban tan convencidos de que sucederían estas cosas, que no ocurrieron?

La respuesta comprende tres partes: Primero, estaba el antecedente de los éxitos anteriores. No está de moda decirlo ahora, cuando la CIA sirve de cabeza de turco, pero ella ha tenido sus éxitos. Por ejemplo, Bissell fue el principal arquitecto de la operación

CORONEL (r)

JULIO CERVANTES

Oficial del Ejército, en retiro, perteneciente al Arma de Ingenieros. Egresó de la Escuela Militar de Cadetes como Subteniente en diciembre de 1929. Durante su carrera militar prestó sus servicios en todas las Unidades de su Arma y en el conflicto Colombo-Peruano en las Guarniciones de Leticia, Cauca y Tarapacá durante los años 1932 a 1934. Agregado Militar en Bélgica (1939-40), adelantó Cursos de Estado Mayor en la Academia de Guerra de Chile (1942-44) y en el Colegio de Mando y Estado Mayor de los Estados Unidos (1947). Desempeñó entre otros los siguientes cargos: Director de la Escuela de Guerra (1952-53). Alcalde de Bogotá (1953-54) y Ministro Consejero de la Legación de Colombia en Suiza (1954-57). Se Retiró del Servicio Activo en 1956.

de espionaje U-2 sobre Rusia, que desde el punto de vista técnico fue la operación secreta de inteligencia más brillante y más productiva de la historia moderna (lo cual no quiere decir que se manejara con habilidad el asunto cuando fue derribado el avión del piloto Powers). Dulles y sus subalternos también tuvieron gran parte en la expulsión de Guatemala de Jacobo Arbenz, el predecesor de Fidel Castro como primer pro-comunista del Caribe. Y, hay otros triunfos de la CIA que es mejor no mencionar.

Esos aciertos anteriores inspiraron a los hombres de la CIA una confianza peligrosa, lo mismo que sus informaciones procedentes de Cuba. Casi sin excepción sus agentes les aseguraban que el odio a Castro y sus compinches estaba generalizado y que la mayoría de los cubanos, si se les daban los medios necesarios, se unirían a un levantamiento contra el dictador barbudo.

Finalmente —y esto es cierto sobre todo en cuanto se refiere a Bissell las emociones de los hombres de la CIA que dirigían la operación cubana se vieron enredadas sutil y subconscientemente en ella, y así se nubló su buen criterio. Apenas natural que sucediera.

Casi un año antes de los desembarcos, el Presidente Eisenhower había dado la señal de seguir adelante con la instrucción de una fuerza de desembarco de tropas de choque anticas-tristas, formadas por personal en edad militar tomado de los más de 100.000 cubanos que habían huído del terror de Castro. Durante todo ese año la preocupación diurna y nocturna de Bissell y de sus subordinados había sido el planeamiento de los desembarcos en Cuba. Como eran humanos, se habían contagiado, inevitablemente, de algo del fervor, el ánimo y el falso optimismo de los refugiados cubanos, que estaban dispuestos a jugarse la vida —o, en el caso de 3 miembros del Consejo Revolucionario, la vida de sus

hijos— a la probabilidad de que el odiado Castro podía ser derribado. ¿Podemos sorprendernos de que los hombres de la CIA, en vez de ser jueces escépticamente fríos de la posibilidad de éxito de la operación, se convirtieran en sus apasionados partidarios?

Fue en eso, en todo caso, en lo que se convirtieron. “Allen y Dick no nos informaron simplemente sobre la operación —dice uno de los consejeros del Presidente Kennedy en la Casa Blanca— sino que nos convencieron de ella”. Siempre es difícil distinguir entre los hechos y las excusas cuando un funcionario aplica su visión retroactiva 20/20, pero en este caso no hay duda de que los miembros de la CIA responsables del montaje de la operación cubana efectivamente pasaron a ser sus abogados elocuentes.

Además, aunque dentro de la misma CIA no existía la maquinaria indispensable para examinar la operación con esos ojos fríamente críticos que tan necesarios eran, en la punta de “apreciaciones nacionales” la maquinaria no se empleó nunca. El conocimiento oficial de la operación se limitaba a sus patrocinadores, sobre la base de que “nadie deber saber más que lo necesario”. El resultado neto, en fin de cuentas, fue que el personal de operaciones de la CIA dió el veredicto sobre su propia amada prole.

De igual manera, los militares responsables del planeamiento en detalle del desembarco fueron también jueces de su propia obra. La CIA emplea muchos militares, y otros más fueron asignados al Pentágono para colaborar en los planes de la invasión a Cuba. Los trabajos que elaboraron fueron revisados en detalle por el Estado Mayor Conjunto, el más alto organismo de planeamiento dependiente de los augustos Jefes Conjuntos de Estado Mayor y después por dos de ellos, el General Lyman Lemnitzer, Presidente de los Jefes Conjuntos, y el Almirante

Arleigh Burke, Jefe de Operaciones Navales.

Lemnitzer y Burke apoyaron resueltamente el plan, por escrito, ante el Presidente, siempre que se realizaran dos condiciones: que la apreciación política de la CIA fuera acertada, y que las fuerzas anticastristas tuvieran el dominio del aire sobre el campo de batalla. Así como en el caso de la CIA, el entusiasmo de los militares por sus propios planes era, por lo menos, comprensible. Un militar a quien se le pide que elabore un plan para obtener un objetivo determinado, se convierte naturalmente en partidario del plan que él, ha concebido. De todos modos los militares tienen una innata inclinación hacia la acción de preferencia a la inacción —el exceso de prudencia no le queda bien a un soldado—.

Pero tampoco hubo entre los militares quien, con ese necesarísimo y frío ojo escéptico, estimara las probabilidades de éxito de la operación. Por el contrario, tanto los Jefes Conjuntos como la CIA aseguraron al Presidente Kennedy que la aventura de Cuba tenía mejores posibilidades de éxito que la operación anticomunista de Guatemala.

Consideremos ahora la posición del Presidente Kennedy cuando, después de su elección, encontró sobre el escritorio el plan supersecreto elaborado bajo la administración de su predecesor para una invasión a Cuba. Recordemos que se trata de un nuevo Presidente, más diestro en ganar elecciones primarias que en estimar las posibilidades de una operación secreta. Encuentra que todos los profesionales de este oficio oculto, **sin una sola excepción**, están a favor de una empresa que, si resulta bien, alterará grandemente la situación del hemisferio Occidental a favor de los Estados Unidos; encuentra también que casi 3.000 cubanos han sido instruidos por el Gobierno americano, y que se les ha prometido, por lo menos, que ese Gobier-

no les ayudará a liberar de un tirano comunista a su patria.

Por otra parte, se informa al Presidente que el tiempo se está agotando. Están llegando a Cuba cajones de aviones de chorro rusos de caza, los pilotos cubanos instruidos en Checoslovaquia regresarán dentro de poco, y el Gobierno de Guatemala ha notificado que los campamentos de instrucción para cubanos en ese país deben ser evacuados a breve plazo. Supongamos que el Presidente cancela la operación. No dirán los cubanos —y muchas otras gentes, incluso los Republicanos— que el nuevo Presidente se acobardó y que perdió la última oportunidad de poner a Castro fuera de Combate? Y, lo que es más, Kennedy debe haberse preguntado a sí mismo: **“Y no tendrían razón?”**

Todos los testigos están acordes en una cosa. Desde el principio, el instinto de Kennedy le aconsejaba que cancelara la operación. “Nunca le olió bien al Presidente”, dice uno de sus asesores. Después del desastre, Kennedy asumió la plena responsabilidad de lo ocurrido. En nuestro sistema, es justamente a él a quien le corresponde. Pero, con todos los viejos profesionales a favor de la operación, no es difícil comprender por qué Kennedy no obedeció a su propia intuición y no la canceló.

Lo que hizo, en cambio, fue volverse de los viejos profesionales —los de la CIA y los militares— a los muchos nuevos, los que él mismo había llevado al Gobierno, especialmente a Dean Rusk, su Secretario de Estado, y a su competente asesor especial, Mc George Bundy. Estos habían debido proporcionarle el ojo frío y escéptico que tanto se necesitaba; no lo hicieron, y otra vez por una razón humanamente comprensible.

Tanto Rusk como Bundy —especialmente el primero— tenía las mismas dudas instintivas que asaltaban a Ken-

nedo sobre la operación. Como en el caso de éste, la idea de que unos mil refugiados o algo así pudieran derribar a Castro no les olía nada bien, y los riesgos les parecían muy grandes. Y sin embargo, y también lo mismo que a Kennedy, les impresionó la sólida falange de profesionales que garantizaban, o poco menos, los resultados. ¿Quiénes eran ellos para pensar que el respetado Dulles, con toda su experiencia, o Lemnitzer, con sus cuatro estrellas, estaban hablando sin fundamento?

Otros funcionarios nombrados por Kennedy, como el experto en cuestiones latinoamericanas Adolph Berle, tuvieron las mismas vacilaciones instintivas y la misma instintiva aversión a enfrentarse a los viejos profesionales de la CIA y del Pentágono. El Sub-Secretario de Estado Chester Bowles envió a su jefe Rusk un memorándum en que expresaba sus reservas, pero ese documento se mantuvo estrictamente dentro del conducto regular, y es dudoso que el Presidente nunca lo viera. En cambio, éste sí vió otro memorándum que le preparó su discutido asesor, el Profesor Arthur Schlesinger, oponiéndose resueltamente al plan.

Schlesinger, que había tenido experiencia burocrática en la Oficina de Servicios Estratégicos de tiempo de guerra, había aprendido a ser escéptico sobre las apreciaciones de inteligencia basadas en las esperanzas de los refugiados. También temía las consecuencias globales de un fracaso en Cuba, y aún las de un éxito parcial. Pero Schlesinger está muy abajo en la jerarquía, y aunque expresó sus dudas en su memorándum al Presidente, evitaba oponerse al plan en las reuniones. "Arthur tenía toda la razón —dice un participante en ellas— pero se lo calló muy bien".

Ese silencio, esa renuencia a hablar en las reuniones, fue otro de los factores intangibles que finalmente indu-

jeron a Kennedy a darle la luz verde a la operación, de no muy buena gana. Cuando era senador, y después candidato a la Presidencia, él y su pequeña banda de ayudantes políticos acostumbraban a reunirse para planear, discutir y conversar interminablemente, en mangas de camisa y con los pies sobre la mesa, hasta altas horas de la noche. "Me recordaban a Robin Hood y sus alegres muchachos", ha dicho un íntimo de Kennedy. En esos días Robin Hood podía estar seguro de oír el pro y el contra de todo proyecto, en alta voz y detalladamente.

Kennedy trató de introducir la misma nota informal de discusión en las reuniones de la Casa Blanca, pero ya no era Robin Hood, y sus asesores ya no eran sus alegres muchachos, viejos amigos que se conocían unos a otros como un grupo de hermanos. Era Presidente de los Estados Unidos, encerrado dentro de esa "divinidad que cerca a un Rey" y muchos de sus consejeros, hasta hacía poco, habían sido extraños para él y entre sí. Cuando se habla con el Presidente de los Estados Unidos, se tiene cuidado con lo que se dice; en su presencia, el hombre prudente no se opone sin reflexionar a otros, que representan intereses inmensamente poderosos, porque muchas veces la oposición se interpreta como hostilidad. Y el funcionario de aspiraciones, especialmente en una administración que se ha calificado de "joven, dinámica y vigorosa", no gusta de parecer favorable a la inacción antes que a la acción.

Por todas estas razones se permitió que los operadores juzgaran su propia operación, y ésta no fue sometida nunca a la atención de aquel indispensable ojo escéptico y frío. Es posible sustentar la idea de que ese ojo debería ser por decirlo así, institucionalizado. Después del desastre de Cuba, un alto burócrata observaba: "Tal vez lo que nos hace falta es un bergante profe-

sional, de tiempo completo, que le diga al Presidente la clase de imbéciles que somos”.

Por la naturaleza misma de las cosas, todo alto empleado civil considero como a un bergante a cualquier otro burócrata que se oponga a uno de sus proyectos favoritos; ésta es una de las razones por las cuales, como en el caso del desastre cubano, los funcionarios que verdaderamente saben lo que quieren casi siempre prevalecen sobre los que no están bien seguros de ello. Pero supongamos que existiera una plana mayor, pequeña y competente, que realmente supiera por dónde va el agua al molino, encabezada por un “bergante profesional, de tiempo completo”, y que sus funciones consistieran en actuar como aguijadores, escépticos y negadores de todo, y en formular preguntas imprudentes sobre todo plan de acción que se propusiera —o, lo que puede ser igualmente importante, sobre toda inacción. Entonces habría más probabilidades de que el Presidente viera efectivamente el cuadro completo antes de tomar una decisión, y por consiguiente, mejores posibilidades de evitar desastres tan evitables como el de Cuba.

Lo que sucedió en realidad, cuando el Presidente pesó las opiniones de los muchachos nuevos y las comparó con las de los viejos profesionales fue un proceso gradual y peculiar de dilución, y en fin de cuentas a causa de este proceso, lo que se puso en ejecución fue un plan esencialmente diferente del que Kennedy había heredado de Eisenhower.

Este, así como el de Kennedy, se basaba en la hipótesis de que habría defecciones y levantamientos anticastristas generalizados, y se esperaba que gracias a ellos no sería necesaria la intervención abierta americana. Pero el plan Eisenhower también la incluía, “eventualmente”. La aviación americana debía intervenir, de manera fran-

ca o con aviones sin marcas, si ello se hiciera necesario para mantener el control sobre la cabeza de playa y evitar la destrucción de las fuerzas anticastristas.

Desde el mismo comienzo, éste era el aspecto del plan cubano que más desagradaba a Kennedy y a sus nuevos muchachos. A principios de marzo, y por insistencia del Presidente, se había elaborado un plan alternativo, que contemplaba ataques aéreos contra la aviación de Castro. Para la exportación, estas misiones se harían aparecer como obra de tráfugas de la fuerza aérea castrista, pero debían partir de bases situadas en Guatemala y ser ejecutadas por pilotos cubanos refugiados. Su finalidad sería la de poner fuera de combate a la aviación de Castro, ridiculamente pequeña desde el punto de vista del Pentágono, y evitar así la necesidad de la intervención americana franca. El nuevo plan había sido visto y aprobado por el Pentágono y la CIA, pero las resoluciones definitivas se tomaron en dos reuniones decisivas: 4 y 5 de abril.

La reunión del 4, que debió ser un tanto dramática, tuvo lugar en una atestada sala de conferencias en el ala nueva del edificio del Departamento de Estado. La presidió Kennedy, y entre los asistentes se contaban Rusk, el Secretario de Defensa McNamara, el Secretario del Tesoro Douglas Dillon, Allen Dulles, el General Lemnitzer, el ex-Secretario de Estado Thomas Mann, el Subsecretario de Defensa Paul Nitze, el experto en cuestiones latinoamericanas Adolph Berle, Bundy, Schlesinger y Bissell. Y había una cara nueva, la del Senador William Fulbright, de Arkansas, que había sido invitado en su calidad de presidente de la Comisión de Relaciones Exteriores del Senado.

Bissell hizo un esbozo de la operación proyectada, teniendo el cuidado de hacer notar que él era decididamen-

te partidario del plan, y que sus argumentos debían apreciarse teniendo en cuenta. Dulles comentó brevemente los objetivos y las probabilidades de éxito de la operación. Después habló Fulbright, que formuló un ataque elocuente y evidentemente sincero a toda la operación: ese tipo de agresión oblicua a otro Gobierno, por odioso que éste fuera —afirmó— era inherentemente inmoral; no era la clase de actividad que los EE. UU. sabían cumplir bien, y no era, en consecuencia, de ninguna manera, la clase de empresa en que debían embarcarse.

Kennedy pasó luego alrededor de la mesa, señalando con el dedo, en una actitud típica suya, y preguntando por turno a los presentes si estaban a favor o en contra de la operación. No terminó la vuelta, y gracias a ello Schlesinger y uno o dos más —sin duda, con gran alivio— no se vieron expuestos al dedo indicador. Pero todos aquellos a quienes Kennedy preguntó, inclusive Rusk, dieron su aprobación explícita al plan, con entusiasmo o con renuencia, según el caso. ¡“Despachémosla”! dijo uno, y otro, más pomposo, observó que “una confrontación de fuerzas con el comunismo en este hemisferio” era inevitable tarde o temprano, y tanto daba que se produjera inmediatamente.

A pesar de esa unanimidad —Schlesinger no ofreció su opinión— el Presidente había sido visiblemente impresionado por los argumentos de Fulbright. Algunos de los presentes estaban seguros de que éste la tenía ganada, y de que el Presidente abandonaría la operación. Pero Kennedy también fue afectado por el argumento de que el Gobierno de los Estados Unidos tenía que hacer honor a su compromiso de dar a los cubanos una oportunidad de libertar a su patria.

Probablemente esa noche el Presidente consultó el asunto con la almohada. Al día siguiente convocó una

reunión más pequeña en su despacho, a la que asistieron Rusk, McNamara y Allen Dulles, y en ella tomó su decisión definitiva de seguir adelante con la operación. Pero ordenó que en ningún caso intervinieran fuerzas americanas, y que, además, se notificara previamente esta decisión a los líderes cubanos, de manera categórica. De acuerdo con eso, se envió a Nueva York a Schlesinger y a Berle para que informaran a los cubanos; éstos, por unanimidad, resolvieron ejecutar el plan, a pesar de todo. Y así se acercó más el desastre.

Evidentemente, la orden presidencial que prohibía la intervención armada americana en ningún caso —a menos que Castro atacara la base de Guantánamo— producía un cambio fundamental en toda la naturaleza de la operación. Ese cambio se entendió y se tuvo en cuenta hasta cierto punto: por ejemplo, en vista de la decisión de Kennedy, se escogió una zona alterna para el desembarco. Además, los autores del proyecto vieron que, eliminado el apoyo aéreo americano, existía por lo menos la posibilidad de que no se lograra mantener la cabeza de playa. Los Jefes Conjuntos dispusieron que en esa eventualidad las fuerzas anticastristas alcanzarían una “posición de repliegue” en las montañas del Escambray, donde ya estaban operando las guerrillas de la oposición a Castro.

Las montañas del Escambray están a unas cincuenta millas de la región de la cabeza de playa en la Bahía de los Cochinos elegida por los mismos Jefes Conjuntos. Era necio suponer que ninguna porción considerable de una fuerza de desembarco pudiera atravesar por terreno ocupado por el enemigo, después de haber sido aplastadas las fuerzas de invasión. Y la necedad de semejante idea se habría notado si todo el plan se hubiera estudiado de nuevo, con sentido crítico, de principio

a fin, a la luz de la decisión presidencial que excluía en absoluto el empleo de fuerzas americanas.

En efecto, aunque a causa de esa decisión se hicieron algunos cambios en el plan, nadie planteó realmente la pregunta clave: ¿"Si los Estados Unidos no quieren asegurar el éxito, debe permitirse, a pesar de todo, que un puñado de refugiados cubanos arriesgue el prestigio americano en una aventura que, evidentemente, puede fracasar?"

Una de las razones de que no se hiciera un re-examen verdaderamente prolijo del plan fue el hecho de que nadie quiso situarse en la posición de declarar: "Si el Presidente rehusa aceptar todo riesgo de comprometer fuerzas americanas, debe deshecharse todo el plan". Ese no es el estilo de declaración que gusta de hacer un funcionario público ambicioso. Otra razón fue la de que en toda operación gubernamental en grande existe una especie de inercia glacial inherente que hace sumamente difícil dar marcha atrás y descartar totalmente un plan. En todo caso, sin duda alguna la segunda lección de la tragedia de Cuba es bien clara: **Si en el plan de una operación en grande, como la aventura cubana, se hace un cambio esencial, todo el plan debe ser re-examinado 'de novo', de principio a fin, y siempre con el ojo aquel, frío y escéptico.**

Cuando el Presidente Kennedy le dió la luz verde a la operación, con la condición de que nunca se emplearan fuerzas americanas, se estaba entregando al pasatiempo, agradable pero peligroso, de tratar de comerse la torta y seguir teniéndola. Y de la misma tendencia se derivaron dos decisiones que se tomaron justamente cuando se estaba montando la operación.

Primero, unos días antes de que se realizara la invasión, el Presidente dijo en una conferencia de prensa, de

manera concluyente, lo que ya había resuelto en privado: que los Estados Unidos en ningún caso intervendrían con la fuerza en Cuba. La decisión de hacer esta declaración pública, que por anticipado amarraba limpiamente sus propias manos, se debió al deseo de "preservar la imagen americana". Pero toda la finalidad del ejercicio de Cuba era provocar la iniciación de un levantamiento anticastrista general.

Hubo muchas razones para que nunca ocurriera ni siquiera un comienzo de semejante levantamiento, entre ellas los enlaces deficientes con el anticastrismo subterráneo y la inesperada eficacia de la policía secreta de Castro, entrenada por los comunistas. Pero sin lugar a dudas una de esas razones fue la promesa pública del Presidente de que los Estados Unidos en ninguna circunstancia moverían un dedo para ayudar a las fuerzas anticastristas. Coloquémonos en la situación de un anticastrista cubano: si de antemano tuviéramos la certeza de que los Estados Unidos no correrían ningún riesgo para producir la caída de Castro, nosotros tampoco nos sentiríamos muy inclinados a correrlo.

Otra decisión de las de comerse la torta y seguir teniéndola se tomó en vísperas del desembarco. Como hemos visto, una parte esencial del plan Kennedy era la neutralización de la minúscula fuerza aérea de Castro con los 16 bombarderos B-26 suministrados por la CIA a los rebeldes, y que tenían su base en Guatemala. El primer ataque aéreo se efectuó el 15 de abril, dos días antes de los desembarcos, y de acuerdo con el plan se le hizo aparecer como una acción espontánea de pilotos tráfugas de la aviación castrista.

El Presidente había ordenado que no se hiciera nada que pudiera "disminuir" la credibilidad del Embajador ante la ONU, Adlai Stevenson, en otras palabras, no se le debía mentir ni se

le debía pedir que mintiera. Stevenson estaba al tanto de esa orden, de manera que cuando el Departamento de Estado le informó que los pilotos del ataque del 15 de abril eran trans-fugas, así lo creyó. Los cubanos, naturalmente, sabían que el cuento de la defección de los pilotos era falso, y acusaron de agresión a los Estados Unidos y desafiaron a Stevenson a que presentara a uno de los pilotos, que había aterrizado en Florida, para que se le interrogara en la ONU.

Inmediatamente Stevenson se levantó, afirmó apasionadamente la inocencia americana, y hasta mostró una fotografía del avión que aterrizó en Florida, en la que se veían las marcas de la Fuerza Aérea Cubana (pintadas por la CIA, desde luego). Cuando supo, demasiado tarde, que un empleado subalterno del Departamento de Estado había cometido una estupidez y que efectivamente el cuento de la defección era falso, se indignó, como es fácil de comprenderlo, y exigió que no se repitiera esta clase de cosas. Rusk apoyó su exigencia, y el Presidente ordenó que se cancelara el segundo ataque de los B-26 a la Fuerza Aérea de Castro, que debía verificarse inmediatamente antes de los desembarcos.

En esos momentos ya iba en viaje la fuerza de invasión. El ataque del 15 de abril había puesto fuera de combate a la mayor parte de la aviación castrista, pero como iban a saberlo muy pronto y trágicamente los invasores, tres aviones de chorro T-33 de instrucción, armados, habían sobrevivido, y los lentos B-26 de las fuerzas invasoras fueron fáciles blancos para ellos. El transporte de municiones "Río Escambray" fue hundido, y los invasores perdieron lo que todos los autores de los planes habían considerado esencial: el control del aire sobre el campo de batalla. Cuando este se perdió, todo estaba perdido.

Esto sugiere la tercera lección del

desastre de Cuba: **Tenemos que aceptar que esta clase de operaciones en grande, cuando se juegan grandes cosas, no se pueden hacer baratas. Si el precio del fracaso es demasiado alto —como lo fue en Cuba— hay que tener la voluntad y los medios de evitar el fracaso. De otro modo, no se debe emprender la operación, en absoluto.**

A no dudarlo, hay muchas posibilidades de que el resultado eventual hubiera sido el mismo si el Presidente no hubiera anunciado su decisión de evitar toda intervención americana, y si no hubiera cancelado luego el segundo ataque a la Fuerza Aérea de Castro. Pero la lección sigue siendo clara: no es posible montar una operación clandestina para destruir un régimen extranjero que no nos gusta y mantener al mismo tiempo ese aire de virginal inocencia que tanto les gusta lucir a los funcionarios americanos, especialmente a nuestros representantes en la ONU. "Lo malo fue —dijo después del acontecimiento un participante cínico, de manera un tanto brutal— que nos estábamos conduciendo como una vieja prostituta, y tratando de hacer creer que no éramos sino la dulce jovencita que éramos antes".

Aquí surge la pregunta básica que planteó el Senador Fulbright cuando atacó la operación desde un punto de vista esencialmente moral. Debemos tratar ahora de volver a ser la dulce jovencita que éramos hace apenas una generación, cuando el servicio de inteligencia americano se componía en gran parte de un grupo de señoras de "pinze-nez" que mantenían una especie de servicio de recortes de prensa en el Departamento de Guerra?

La mejor respuesta a esa pregunta la dió indirectamente el Procurador General Robert Kennedy en una triste autopsia que se hizo en la Casa Blanca al desastre cubano. Ya en la tarde del 18 de abril era claro que la invasión sería aplastada a no ser por

una intervención americana para recuperar el dominio aéreo sobre la cabeza de playa. El Presidente, a quien se había llamado de una fiesta en la Casa Blanca, se quedó hasta el amanecer del 19 de abril, discutiendo el pro y el contra de la intervención con Bundy, Bissell, Walt Rostow y otros asesores. Todavía indeciso, convocó a sus principales consejeros para una reunión al día siguiente.

Esa reunión debió ser angustiosa, porque casi todos los asistentes tenían alguna responsabilidad personal en la sangrienta tragedia que se estaba desarrollando en la Bahía de los Cochinos. Finalmente, y en parte porque ya se había amarrado las manos y en parte porque era demasiado tarde, el Presidente resolvió no hacer nada.

Esa decisión señaló el primer gran fracaso de Kennedy. Bobby Kennedy que odia el fracaso todavía más que la mayoría de los Kennedy, estaba presente, y al terminar la triste reunión observó que ahora ninguno de los que estaban en el Gobierno querría asumir una responsabilidad, correr un riesgo, y proyectar acciones audaces y agresivas contra los comunistas.

No hay duda de que el hermano del Presidente tenía razón en el fondo. Si se permite a los comunistas que mantengan indefinidamente su actual monopolio de la técnica del golpe oblicuo, de la invasión por mano ajena, se impondrán finalmente en todo el mundo, como ahora se están imponiendo en Asia Suroriental. Por otra parte, el odio a la opresión comunista dentro de los estados comunistas—inclusive Cuba— es seguramente la mejor carta de triunfo del Oeste en la larga lucha en que estamos comprometidos, y hay que encontrar formas de explotarla.

En Cuba tratamos de emplear métodos comunistas, no métodos americanos, de explotar esa carta. En ese sentido, el ataque del Senador Fulbright a la operación es completa-

mente válido. Nuestro tipo de sociedad, con gentes libres y con prensa libre, sencillamente no permite la disciplina férrea y el secreto total necesarios para un ejercicio de subversión del tipo comunista. ¿Pero significa esto que nuestras manos están atadas para siempre?

Un participante en el desastre de Cuba, que ha meditado largamente sobre su significación, no lo cree así. "El error estuvo —dice— en que tratamos de actuar como rusos y no como americanos. Supongamos que todo lo hubiéramos hecho a la manera americana, con el máximo de ruido, publicidad y confusión. Juntas rivales. Crónicas de prensa sobre los valientes refugiados que se estaban preparando para liberar a su patria. Colectas de dinero para comprar aviones de chorro para los luchadores cubanos de la libertad. Editoriales en pro y en contra, la mayoría en pro, naturalmente. La operación misma habría tenido que ser suficientemente secreta para conservar la sorpresa táctica, pero eso fue, de todos modos, lo único que mantuvimos. Y desde luego, habría tenido que haber detrás de las bambalinas una dirección bastante firme. Realmente, viéndolo a posteriori, creo que la cosa habría resultado bien de esa manera".

Es muy posible que así hubiera sido. Después de todo, hay precedentes para "actuar como americanos": recordemos, por ejemplo, "todos los medios, menos la guerra", tales como los Tigres Voladores de Claire Chennault, que empleamos contra el eje en los días anteriores a Pearl Harbor. La cuarta lección de Cuba parece ser algo por el estilo de éste:

No podemos permitir que el bloque comunista disfrute del monopolio de la técnica del bloque oblicuo. Pero tenemos que encontrar nuestras formas propias, derivadas de nuestro propio pasado y tipo de sociedad, para llevar la guerra a los comunistas.